

CAPÍTULO III.- DONDE SE CUENTA LA GRACIOSA MANERA QUE TUVO DON QUIJOTE EN ARMARSE CABALLERO.

Parece que nos quiere decir el escritor que estaba agotado de la composición del capítulo anterior y no es para menos. En este tampoco se quedará atrás la “memoria e imaginación”:

*“Y así fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena; la cual acabada llamó al **ventero** y, encerrándose con **él en la caballeriza**, se hincó de rodillas ante **él**, diciéndole:*

*-No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un **don** que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.*

*El **ventero**, que vió a su **huésped á sus pies** y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con **él** que se levantase, y jamás quiso, hasta que le hubo de decir que **él** le otorgaba el **don** que le pedía.*

*-No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío – respondió **don Quijote**-;*

Cervantes juega con la ventaja de que el lector no ve imágenes, pero debemos recordar, que estamos ante jeroglíficos y adivinanzas; describe el sepulcro de Juan I de Castilla, que está arrodillado en la misma Capilla de los Reyes Nuevos, diciendo: “No me levantaré jamás de donde estoy”. ¡Claro! Por que es una figura de mármol.

Se entienden perfectamente Don Quijote y el Ventero en la palabra “semejantes”, que se repite dos veces en la petición del don: una en “semejantes fazañas” y otra vez en “semejantes razones”, que son la confirmación del prólogo, donde “cada cosa engendra su semejante” y nos declara una vez mas el doble sentido de las cosas.

Ahora nos vuelve a engañar Cervantes sobre la personalidad del ventero, poniéndole el sello de “mocedad”, para transmitirnos que en su juventud había visitado los barrios conocidos por sus tabernas, prostitución y quizá representaciones de comediantes, que es a lo que me suenan los recintos y los hechos mencionados, puesto que Don Quijote no se inmuta ante el relato y menciones como: “haciendo muchos tuerfos, recuestando muchas viudas, etc”.

Parece decir que son representaciones teatrales, desde las que iban a parar ante los tribunales, como se dirá al final del libro.

Con la palabra “mocedad”, permuta la personalidad del ventero que dice

a Don Quijote que podría velar las armas en el patio, porque en aquel castillo no había capilla y pasamos al siguiente párrafo que parece calcado de la carta secreta o “Instrucciones de Carlos I a su hijo Felipe II de fecha 6 de Mayo de 1543”, en la que le aconseja sobre su futuro, las personas de las que se debe rodear, el impuesto de la Sisa y además le pide dinero para mantener estado de guerra con el rey de Francia.

El ventero pregunta a Don Quijote “si traía dineros”, y respondiendo este “que no traía blanca”, (¿la Virgen Blanca?)le recomienda que lleve dinero, camisas y ungüentos, con “alguna doncella ó enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota Della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas...” Así fue la muerte del Emperador, que padeció de Gota y falleció en el Monasterio de Yuste, lleno de llagas y heridas. Carlos I reformó el Monasterio y la capilla, y al final de este capítulo y en el próximo, aparecerán en escena algunas de las recomendaciones de esta carta secreta.

*“Prometióle don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba, con toda puntualidad, y así, se dio luego orden como velase las armas en un **corral** grande que á un lado de la venta estaba; y recogiénolas don Quijote todas, las puso sobre una **pila** que junto á un pozo estaba y, embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la **pila**.”*

*“Acabó de cerrar la noche; pero con tanta claridad de la **luna**, que podía competir con el que se la prestaba;”*

Don Quijote vela las armas, junto a la pila bautismal, realizada con el bronce procedente del artilugio de Don Álvaro de Luna, y van desfilando los arrieros a dar agua a sus mulos, (“y alzó otra vez la lanza y, sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del segundo harriero, porque se la abrió por cuatro”). Con tanto alboroto, el ventero “determinó abreviar y darle la negra orden de caballería”, con lo que se refiere al sepulcro del rey Enrique III el Doliente, cuya figura yacente, tiene el hábito de color negro. Es el padre de Juan II de Castilla que aparecerá en la siguiente venta del capítulo XVI.

No se quejan de los golpes de Don Quijote los arrieros, como ninguna de las figuras de mármol que han aparecido en este tercer capítulo. De todos modos, resulta curiosa la siguiente frase en la que insiste y repite el mismo concepto:

*“No se **curó** el harriero destas razones (y fuera mejor que se **curara**, porque fuera **curarse** en salud)”*

Tanta insistencia en este concepto de curarse, parece que nos quiere transmitir que los arrieros son curas, sacerdotes, religiosos. Podría referirse a

los enterramientos de cardenales de la Catedral de Toledo. Se hallan enterrados entre otros, el Cardenal Mendoza o el Cardenal Cisneros, figuras relevantes en la Historia de España. Nos quedaremos con la idea de los curas, sanadores de almas, a los que Cervantes convierte en arrieros. Pero a donde parece querer llegar el autor es al principio, a la etimología de las palabras. Pues “La Etimología” fue escrita por San Isidoro de Sevilla y de León, que fue la persona mas sabia de su época, allá por el siglo VII. Merece un homenaje de Cervantes y de alguna manera puede ser la persona que se encuentra como ventero a su entrada en la venta, que por eso era gordo, por tratarse de un sabio. Fue canonizado en 1598, el mismo año de la muerte de Felipe II. Y como dato a tener en cuenta, organizó el IV Concilio de Toledo, donde impulsó la formación cultural del clero y la realización de escuelas y seminarios. Dibujó algún mapa – mundi, ya que hablan de ir “por todas las cuatro partes del mundo”. Un ejemplo que he mirado ya que el ventero recomienda a Don Quijote que se provea de camisas, es que de la palabra camisa, San Isidoro nos da su origen proveniente del latín y se trata de una prenda para ir a la cama, un pijama. Ahí es a donde quiere llegar Cervantes, o es parte del encaje. Hoy día no se nos ocurre pensar en que una camisa tiene que ver con una cama. Entonces podría ser que el segundo arriero, al que Don Quijote le abrió la cabeza en cuatro partes, tenga que ver con el cuarto Concilio. Ahí lo dejo por si alguien quiere ayudarme a seguir buscando en esto.

Cervantes pretende que saquemos a las Tolosa y Molinera, que en mi opinión se trata de dos consejeros de Carlos I, aparecidos en la ya mencionada carta secreta y se trataría de la burla a Fernando Álvarez de Toledo, Gran Duque de Alba, que por el apellido Toledo, se corresponde con Doña Tolosa. La dama llamada “Doña Molinera”, se corresponde con Francisco de los Cobos y Molina, mencionado también en la carta secreta. Y ahora les otorga el don del que se hablaba al principio de este capítulo.

Si la Tolosa, por ser de Toledo, fuera masculino, es decir, el Toloso, estaría muy cerca del Toboso. Solo cambia una letra entre las dos palabras. No se trata de cercanía en la distancia, sino en la similitud de los nombres o cercanía fonética. Se despide en este capítulo diciendo que “no es posible acertar”. Estamos rodeados de “palabras bien colocadas” que tratan de llevarnos a una conclusión.

Ahora son damas, las que al inicio de este cuento eran mozas y seguiremos tirando del hilo, pero antes de pasar al siguiente capítulo hay que recordar que las Ventas y Castillos están en los panteones reales. Las ventas y caminos reales fueron creados por Felipe II.